

# LOS CABALLOS ESTORNUDAN EN LA LLUVIA

DIMAS LIDIO PITY





**LOS CABALLOS  
ESTORNUDAN  
EN LA LLUVIA**

EDICIONES  
INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA  
Colección Premio "Ricardo Miró",  
sección cuento, 1978  
Derechos reservados para esta  
edición por INAC  
apartado 662, Panamá 1, R. de P.



Tiraje de 2.000 ejemplares  
hecho en Panamá por Impresora  
de la Nación (INAC)  
en mayo de 1979.

Dimas Lidio Pitty

**LOS CABALLOS  
ESTORNUDAN  
EN LA LLUVIA**



*“Mi pueblo, levantado sobre la llanura. Lleno de árboles y de hojas, como una alcancía donde hemos guardado nuestros recuerdos. Sentirás que allí uno quisiera vivir para la eternidad...”*

*Juan Rulfo  
(Pedro Páramo)*





**LOS CABALLOS  
ESTORNUDAN  
EN LA LLUVIA**



Era un día de agua. De agua y de viento. Lo sé porque lo he vivido desde siempre. Sin que pueda precisar la hora exacta en que empieza la memoria, allí están el sonido de la lluvia en el zinc, los pasos apresurados de la abuela y la tía Nena, las gallinas resguardadas en los aleros de la casa, el agua hirviendo en la cocina, el abuelo en el portal, con su aire severo, puesta la atención en la línea de las goteras, en los árboles agobiados por la lluvia o en los chillidos de los cachorros que se disputan la ubre; allí están las palabras en la penumbra del cuarto (la abuela y la tía Nena son hermanas por la sangre y por la vida y han visto y vivido muchos trances como éste; mi madre, en cambio, carece de experiencia), limosas por la humedad de tantos días de cielo y cielo gris; allí están, agazapados, como gatos al acecho, los recuerdos de las tres mujeres, y también los temores y las conjeturas. Sucesivas capas de sudor recubren a mi madre. Los dolores y una vaga incertidumbre aletargan sus sentidos, estrujan su carne y la sumergen en un sopor de nieblas, susurros, somnolencia y sonidos lejanos. Su vientre hinchado es una protuberancia oscura en la claridad lechosa del cuarto, que sólo recibe luz por las junturas de las tablas, debido a que la única ventana ha sido cerrada para evitarle a mi madre un pasmo. Tía Nena se aproxima a la cama y le palpa la barriga. En el aire espeso recita palabras enrevesadas, como si conjurara espectros, y su mano comunica (intenta darle) confianza y alivio al cuerpo desgarrado, que ahora se retuerce entre quejidos y sudores fríos. Mi madre siente la mano y quiere decir algo, pero un nuevo espasmo ahoga su voz. Tía Nena le limpia el sudor de la frente

y sigue murmurando palabras que sólo ella conoce: las mismas que ha repetido durante años en casos semejantes. En la cocina, la abuela echa más agua en la paila y en silencio hilvana una plegaria porque todo salga bien y pronto. En otro fogón pone el té de hojas de guanábano para el abuelo. Este oye los quejidos de mi madre mientras traza dibujos enigmáticos en la tierra húmeda, cerca de las goteras. Algunas figuras parecen animales y otras sugieren objetos, pero todas se esfuman como presentimientos con las salpicaduras del agua. Sin embargo, el abuelo insiste en descifrar el tiempo con la varita seca y sigue trazando imágenes caprichosas. La abuela entra al cuarto y deja una totuma humeante sobre la tablilla que sirve de tocador. Ahí tienes un poco de café, dice a la tía Nena. ¿Crees que todavía demore mucho? Creo que ya no tanto, responde ésta; los dolores son cada vez más seguidos. Bebe un sorbo y mira hacia la cama. Mi madre está ahora quieta, como adormecida. La abuela acomoda la almohada de mi madre y acaricia su cabeza. Luego sale. Voy a echarle más agua a la paila, dice. Tía Nena se sienta en una silleta y bebe el café a pequeños sorbos. Antes de que lo termine un quejido profundo la levanta. Deja la totuma sobre el tocador y se acerca a la cama. La cara descompuesta de mi madre está más pálida que antes y su cuerpo se agita y retuerce bajo la manta. Tía Nena grita: ¡Goya! Los pasos de la abuela llegan desde la cocina. Creo que ahora sí, dice tía Nena. ¿Quieres que traiga el agua? , pregunta la abuela. Todavía no; yo te aviso. Eso sí, ten a mano los trapos y las sábanitas. Apartó la manta hacia los pies de la cama y levantó la falda de mi madre. Abre bien las piernas, hijita, dijo con voz dulce; y no tengas miedo. Sus manos palparon la piel tensa del vientre. Sí, ya no demora mucho, murmuró. Quédate así, dijo luego. Apoyada en el borde de la cama examinó el rostro de mi madre. Su cabello castaño estaba oscurecido por el sudor y sus labios se veían resecos, como si tuviera fiebre. Le pasó un pañuelo por la frente. Ya van seis horas, pensó; si al mediodía no acaba, habrá que llamar gente para llevarla a la estación. En ese momento mi madre abrió los ojos. Tengo sed, dijo. Tía Nena buscó la taza con agua de linaza y le dio un sorbo. No es bueno que tomes agua, hija; esto te quitará la sed. El silbato del tren que iba para Palmira sonó tres veces. El abuelo prestó atención y pudo percibir, en la distancia y la lluvia, el sonido de los rieles. También sintió cuando el tren se detuvo en la estación. Aunque la distancia era mucha y el monte impedía, aun cuando no lloviera, ver la estación y los llanos, el abuelo vio a los pasajeros bajar del motor con sacos y paquetes y refugiarse apresuradamente en la caseta de zinc; también vio las lejanías grises de los cerros y las tonalidades diluidas de la costa y el mar. Eran muchos kilómetros hasta David. Pero cuando había buen tiempo se podía ver algunos edificios de techos rojos y uno blanco, alargado, que era el hospital. ¿Por qué pienso en el hospital? , se dijo. En ese momento oyó el quejido profundo y el grito de tía Nena a la abuela. Dos minutos después, el motor salió de la estación y el ruido

de los rieles volvió a mezclarse con la lluvia y el viento. En la llanura inundada, las cercas de piedra eran culebras oscuras y los árboles, fantasmas y la mañana, una extensión algodoadada, atravesada por los hilos fríos y largos de la lluvia. Mi madre no oyó el tren porque en ese momento un espasmo más fuerte que los anteriores agarrotaba su vientre. Ella sólo podía oír los latidos de su sangre y su respiración agitada y la angustia (su ruido áspero y seco, doloroso) que le ponía las piernas pesadas e insensibles. Tía Nena estaba allí, pero mi madre apenas la veía; su rostro se le desdibujaba en la penumbra. Sin embargo, sentía la ternura de su mano cuando le enjugaba la frente y le decía: no tengas miedo, relájate, que todo saldrá bien. La abuela salió al portal y vio los dibujitos. En ese instante el agua borraba una estrella de tres puntas con una cruz en el centro. La abuela se estremeció al verla. ¿Qué es eso?, preguntó. Era una estrella, dijo el abuelo. ¿Quiere que le traiga té? Bueno, contestó él. Miró hacia el cuarto. ¿Todavía demorará mucho? No sé, dijo ella; Magdalena cree que falta poco. El abuelo miró la lluvia, ahora más fina, los pequeños arroyos que formaba en la sabana, los altos cedros que su suegro había sembrado cuarenta años atrás, el caballo cebruno, cuyo pelaje se había oscurecido con el agua, los huecos de las lombrices en el patio, la gallina que se había guarecido con sus pollos, todos debajo de ella, cerca de donde él estaba; su vista recorrió la realidad y sintió crecer dentro de sí una tibia ternura por todo lo que veía. Pensó que la mayor parte de todo eso había brotado de sus manos a lo largo de los años, de incontables sudores y desvelos. La abuela regresó con una totuma de té humeante. El abuelo tuvo un acceso de tos. Puso a un lado, recostada contra la pared, la varita seca, sacó un gran pañuelo de bolitas rojas y negras y tosió durante un rato. La abuela esperó a que él terminara de toser; mientras, miró hacia la puerta del cerco y recordó la primera vez, veinte años antes, que entró por ella como esposa del abuelo. Doscientos metros más allá, rodeada de naranjos y otros árboles frutales, con un gran ciprés al frente, estaba la casa de sus padres. Desde entonces había tenido cuatro hijos y mucha gente había muerto, incluidos su padre y dos hermanos (Emilia de parto y Félix desangrado en el camino del Río Piedras, después de haber sido cortado a traición por culpa de una mujer), y ahora estaba a punto de nacer su primer nieto. Sin saber por qué, de pronto tuvo la sensación de que la vida era como esa agua que corría debajo de la grama. El abuelo dejó de toser, se limpió los ojos llorosos y pidió el té con voz afónica. Ella observó su cara enrojecida por la tos, su bigote de largas guías, canoso, y sus manos de dedos gruesos y callosos. Me avisa cuando acaba para llevarme la totuma, dijo y regresó a la cocina. El estampido de un trueno trajo a mi madre a la conciencia y por primera vez en mucho rato pensó en lo que estaba próximo a ocurrir. Se tocó el vientre tenso y percibió leves movimientos. Tía Nena le sonrió y ella sintió vergüenza. Intentó bajarse el vestido, pero la tía le dijo: no, quédate así. Mi madre miró hacia la pared y permaneció

quieta. Por las rendijas veía la grisácea claridad exterior y escuchaba el ruido de la lluvia y de los animales y el lejano zumbido del río. Tengo sed, dijo. La tía fue al tocador y trajo la linaza y le dio un sorbo. Mi madre cerró los ojos y dobló un brazo sobre la cara. Tenía ganas de dormir un día entero. El acompasado caer de las goteras en la zanja era un sedante. Súbitamente los dolores volvieron y sintió que sus caderas crujían, que la carne se desgarraba; apretó los puños y se mordió los labios, pero no pudo evitar que un quejido hondo y largo saliera de su boca. La abuela oyó el quejido en la cocina y volvió a pedir en silencio que aquello acabara pronto. Después se cubrió la cabeza con un costal de henequén y fue a buscar una lata de agua. Mientras desenrollaba la sogá mojada del pozo (y luego mientras el cubo llegaba al agua y todavía cuando tiraba de él) siguió rogándole a San Antonio que la hija tuviera un buen parto. Cuando regresaba a la cocina, vio que la perra y sus tres cachorros dormían profundamente en el nido que ella les había hecho, con sacos viejos y bagazo de caña, en una esquina del portal. Pusó la lata de agua junto a la piedra de moler maíz y colgó el saco mojado cerca del fogón. Oyó que la tía Nena decía algo en el cuarto. ¿Qué dijiste? , preguntó. Nada, respondió Nena; le hablaba a Ninfa. La abuela echó más agua en la paila y después desenterró tres yucas del lugar donde las guardaba para que no se resecaran, y se puso a pelarlas. Al terminar de partirlas, agregó chayotes, un gran pedazo de ahuyama y dos otoes; lavó todo en una totuma grande y luego lo echó en la olla en que hervía la carne desde hacía rato. Mientras revolvía las verduras y atizaba el fogón, oyó la voz del abuelo. Ahorita voy, dijo ella. Tapó la olla de la sopa y fue a buscar la totuma. El abuelo la tenía en el regazo y de nuevo dibujaba figuras en el suelo. La abuela observó en silencio las figuras y recordó que el tío José, ya centenario, casi ciego y sordo como una piedra, también dibujaba en el suelo cuando llovía. El abuelo le dio la totuma. ¿Se siente mejor? , preguntó ella. Casi lo mismo, dijo él; aunque tengo el pecho menos apretado. La abuela regresó a la cocina y agregó leña al fogón del agua; luego destapó la olla de la sopa y la revolvió con un meneador de madera. Después fue a donde estaba el costal del arroz y sacó tres tazas y las vació en una batea. Mientras cerraba el saco recordó que Nena también iba a comer en la casa y añadió otra porción. Con la batea en las piernas, se sentó junto a la puerta y comenzó a sacar los granos con cáscara. En el portal, la perra gruñía en sueños. El viento había disminuido y la lluvia había arreciado. Las gotas golpeaban el zinc con fuerza. Tía Nena seguía en el borde de la cama dándole ánimo a mi madre; insistía en que mantuviera separadas las piernas y no se desesperara. La primera vez siempre es muy dura, pensaba tía Nena: se ignora todo y el miedo le quita fuerzas a la mujer. Recordó sus propios partos y los de algunas de las mujeres a las que había asistido. Había ayudado a traer al mundo cuarenta y nueve niños, sin contar los tres que habían fallecido después de nacer ni los dos que habían muerto dentro de sus madres. Algunos eran

sobrinos, otros no eran nada, pero todos le decía madrina y el día de la madre le llevaban regalos. Esos hijos de sus manos eran su orgullo. Cuando veía a los hombres que pasaban a caballo y la saludaban con un grito, o cuando dos o tres muchachas llegaban trayéndole un queso o una jalea y pasaban un rato con ella viendo las flores y hablándole de bailes y de novios, sentía que su vida se ramificaba mágicamente en el vigor de los jinetes y en la gracia de las muchachas; sentía que una parte de sí misma recorría con ellos los caminos y los llanos, o esperaba con ellas la saloma del enamorado detrás de una ventana. En casi todas las casas de Palma Real, de Caña Blanca, de Los Naranjos, de La Acequia y en dos o tres de otras comarcas (una noche cabalgó cuatro horas, acompañada por uno de sus hijos y por el hombre que vino a buscarla, para ayudar a una mujer de Hato Sole que tuvo mellizos) había alguna vida traída al mundo por sus manos. Dejó los recuerdos y limpió el sudor de la frente de mi madre. Haz fuerza, hija; tienes que hacer fuerza; ya falta muy poco. Sí (volvió a pensar en los partos primerizos), es verdad lo que dicen algunos: sólo las vacas y las indias nacen sabiendo parir. El abuelo vio que alguien, cubriéndose con una lona embreada, llegaba a la puerta del cerco. Ahí viene uno, dijo. La perra despertó y comenzó a gruñir. Parece que es Silvestre, agregó la abuela, asomada en la puerta de la cocina. Sí, es él, asintió el abuelo desde el portal de la otra casa. Silvestre saludó al abuelo, pero pasó de largo hacia la cocina. Tía Goya, pregunta Mime que cómo va Ninfa. Entra, no te quedes ahí mojándote, dijo la abuela. Dile que todavía no ha habido nada, pero que ya falta poco; y que todo saldrá bien, con el favor de Dios. ¿Quieres un poquito de maizena? Bueno, dijo Silvestre (sobrino de la abuela, hijo de una hermana de ésta ya difunta, que se había criado con Mime, la madre de la abuela); me caerá bien para el frío. Se miró los pies descalzos y los pantalones arremangados. Parece que va a seguir lloviendo, dijo. Con el de hoy ya son tres días de agua, ¿verdad? Tres y medio; comenzó la noche del martes, precisó la abuela. No sé cómo haremos si hay, Dios no quiera, que llevar a Ninfa a la estación. Silvestre terminó la maizena. Estaba buena, dijo y se limpió la boca en la manga de la camisa. La abuela tomó la totuma. Ahora anda a decirle a mamá lo que te dije. Apenas haya algo yo iré a avisarle. Silvestre salió y la lluvia resonó sobre la lona embreada. Adiós, dijo al pasar frente al abuelo. Adiós, respondió éste; saludos a Mime. El abuelo siguió a Silvestre con la vista hasta que desapareció detrás de las piñuelas de la cerca. Ya es un hombre, pensó; pareciera que fue ayer que enterramos a la finada Emilia y Rosita tuvo que amamantarlo. Isidoro (hermano de la abuela y de Nena, marido de Rosita) quería que se lo dieran del todo, pero Mime se opuso. A cambio de la hija, Dios me deja al nieto; me servirá de compañero, dijo el día que Isidoro le habló del asunto. Rosita lo amamantó tres meses y después tomó leche de vaca negra. Todos estos años ha estado con la viejita. Y cuando Julián (hermano menor de la abuela) tome obligación y se vaya,

Silvestre seguirá acompañando a Mime hasta la muerte. Un quejido más fuerte que los anteriores, casi un grito, volvió al abuelo a la realidad. Si hay que llevar a Ninfa a la estación, será un problema reunir gente, pensó: Faustino (hijo segundo de la abuela) no vendrá hasta el mediodía y Milton (hermano menor de mi madre; la abuela lo había mandado al amanecer a la tienda, distante cinco millas) es demasiado chico; habría que decirle a Isidoro, a Candelario (hijo de Isidoro) y a Silvestre. Ya serían cuatro. Pero faltaría el relevo que se encargara de los caballos. Si no me hiciera daño mojarme... Y las quebradas deben estar hondas; antes de que comenzara a llover estaban crecidas. Vio que el agua había borrado las últimas figuras que había hecho, pero no le dio importancia. Ojalá no sea menester llevarla, pensó y caminó hasta un extremo del portal y orinó en la zanja de las goteras. Tengo miedo, tía, dijo mi madre. Cálmate; los dolores son buena señal y yo estoy contigo; no tienes por qué tener miedo. La tía palpó el vientre de mi madre y se dijo que todo iba bien. Tal vez todavía tardara un rato, pero era casi seguro que no habría complicaciones. Mi madre sintió las manos de la tía y se serenó; incluso quiso sonreírle. Era buena tía Nena: a ella la había traído al mundo y a Faustino y a Milton y a Lucrecia (la otra hija de la abuela; estaba donde Mime porque era demasiado joven para ayudar en un parto); los había traído a todos y todavía ahora... Su mano agarró la de la tía, pero no pudo sonreír porque un espasmo prolongado paralizó sus nervios. Ahora los dolores eran mucho más intensos y se repetían cada pocos segundos; le parecían largos, interminables desgajamientos que le astillaban los huesos. ¡Ay, gritó, Roberto, me muero! Tía Nena observó las contorsiones y pensó que ahora sí era inminente el parto. ¡Goya, gritó, ten el agua lista! Sobre la otra cama que había en el cuarto dispuso las sabanitas, las tijeras y los trapos limpios; también puso sobre la cama el viejo platón, lleno de flores blancas, celestes y rosadas, en que acostumbraba lavar a los recién nacidos. La abuela entró. ¿Traigo el agua ya? No, respondió tía Nena, pero tenla lista; de un momento a otro será la cosa y debe estar bien caliente. La abuela buscó en la tablilla que había encima de la otra cama una bolsa de papel y de ésta extrajo una botella de bayrum y una lata de polvos para el cuerpo y las puso cerca del platón. Esto es bueno para la criatura, dijo. Tía Nena asintió en silencio y regresó junto a mi madre. Ahora sí, hijita, dijo, puja con todas tus fuerzas; no dejes de hacerlo, por más que te duela. Tengo sed, dijo mi madre. Es mejor que no bebas ahora, aconsejó la tía; después podrás tomar té. La abuela había regresado a la cocina. Goya, llamó tía Nena, cierra la puerta del cuarto porque el viento de agua puede hacerle daño a Ninfa. La abuela cerró la puerta, sin entrar. El abuelo preguntó algo desde el portal, donde había vuelto a sentarse. Ya casi, respondió la abuela mientras regresaba a la cocina. Puso más leña en el fogón del agua y disminuyó el fuego de la sopa. Luego, en tanto lavaba el arroz, elevó otra silenciosa plegaria a San Antonio. El abuelo tuvo un acceso de tos y al acabar



escupió en el patio, más allá de las goteras. Las gotas finas disolvieron lentamente la saliva espesa y espumosa. Pensó que no debía estar tanto tiempo en el portal porque la humedad podía perjudicarlo, pero tampoco soportaba estar dentro de la casa: el sufrimiento de Ninfa era demasiado duro para tenerlo cerca. En el portal lo mortificaba; adentro hubiera sido como caminar sobre trozos de candela. La lluvia disminuyó y algunas de las gallinas que estaban en el portal salieron a buscar lombrices. Una defecó en el extremo del portal y el abuelo le dio un golpe con la varita seca. La gallina cacareó y las otras también se asustaron y miraron hacia el abuelo. Después salió la de los pollos y éstos corrieron detrás y alrededor de la madre hacia uno de los grandes árboles de mango, debajo del cual la tierra estaba limpia de hierba y había muchos huecos de lombrices. El abuelo los vio alejarse y recordó que a la abuela siempre le había gustado mucho criar pollos. Desde muy joven acostumbró tener una o más gallinas echadas, y cuando las propias gallinas no ponían suficientes huevos para completar una camada, los conseguía prestados; a veces incluso, si no conseguía de gallina, las echaba con huevos de pata o de pava. La abuela revolvió la sopa y probó el punto de sal. Faltaba poco para que estuviera lista. Le quitó la mayor parte de los tizones y los puso en el fogón en que cocinaría el arroz. Cuando Milton llegue, pensó, ya tendré la comida. Aunque el sol no había aparecido, calculaba que debían ser más de las nueve. El motor sube a las ocho para Palmira; Milton se fue como a las siete: antes de mediodía deberá haber vuelto. Puso a calentar el agua con la sal y la manteca, luego echó el arroz y acomodó los tizones. En el cuarto se oía a tía Nena hablándole a Ninfa. La abuela recordó cómo había sufrido al darla a luz: la niña era grande y estaba demasiado gorda; ella tenía dieciocho años, era su primer parto y sentía que el mundo se acababa. Si no hubiera sido por Nena, pensó, yo tal vez no estaría aquí. Oyó que el abuelo espantaba a las gallinas y sonrió para sí. Un día de estos le diré: si no quiere que las gallinas ensucien, hágalas un excusado, pues. Imaginó la cara de disgusto que pondría. Cuando se disgustaba enrojecía y daba la impresión de que de un momento a otro la sangre le iba a brotar en las mejillas y en las orejas. En eso se parece al Tata Juan, pensó; también es así. Seguramente han sacado eso del francés. Cuentan que era un hombre muy blanco y muy bravo. Y muy terco también. Tuvo diecisiete hijos con la mamá Epifania, y quería dieciocho, pero ella no podía tener más entonces él se dio a los demonios y dijo que ella no servía para nada, y estuvo cerca de un año sin hablarle. Era muy testarudo. Le volvió a hablar cuando estuvo a punto de morir una de las hijas y el cura que vino de Dolega les dijo que tenían que hacer las paces para no aumentar los sufrimientos de la enferma. Con eso se ablandó. La muchacha se puso buena y todo anduvo bien hasta el verano siguiente. El francés se fue a las galleras de La Candelaria y allá decidió completar el número dieciocho con una mujercita de Caldera, carilinda y con ancas de avispa, que descifraba el destino con la

baraja. Después se supo que tuvo un niño que murió a los días de nacido (las malas lenguas decían que la madre lo había ahogado); la mujer se perdió de vista y el francés sacó de ese capricho unos granitos rosados que nunca se le curaron. Algunas gallinas llegaron a la puerta de la cocina y la abuela les tiró al patio las cáscaras de las verduras. Mientras las gallinas picoteaban, la abuela tuvo una sensación de fatiga y recordó que en el desayuno sólo había tomado café. Se sirvió una totuma de maizena y la bebió a grandes sorbos en tanto atizaba el fogón del agua. Afuera, el humo de la cocina moteaba de azul la claridad gris, en la cual los árboles, agobiados por el agua, eran manchas verduzcas y difusas. La perra levantó la cabeza y miró hacia el portillo que había en la piñuela, a cien metros a la derecha de la entrada principal. Estaba atenta, como si esperara la aparición de alguien, pero luego volvió a reposar la cabeza sobre las patas delanteras. Uno de los cachorros despertó en ese momento y buscó la teta. La perra captó otra vez el ruido y nuevamente irguió la cabeza. Eran las pisadas de un caballo en el cascajal de la quebradita que dividía las tierras del abuelo y las de Chángele, el esposo de tía Nena. La perra gruñó y esperó que asomara el caballo en el portillo, pero éste siguió de largo por el camino real y poco después se oyeron voces en la puerta del cerco de Mime. La perra se desentendió del caballo, olió al cachorro que mamaba y pronto estuvo dormida. Donde Mime sonaron las trancas de la puerta y las voces dejaron de oírse. El abuelo dijo: ¿Dónde estaría Isidoro? ; creo que él fue el que llegó a donde Mime. Quién sabe, dijo la abuela desde la cocina; tal vez vendría de donde Gabriel. Rosita me dijo que Gabriel quiere comprarle el cerco que era del difunto Rufo. Pudiera ser, dijo el abuelo. Seguía sentado en la silleta, pero ya no dibujaba; ahora su atención estaba puesta en lo que sucedía en el cuarto. Oía la voz de la tía Nena y los quejidos de mi madre y rogaba porque todo acabara pronto. Recordó la noche en que abuela tuvo a Ninfa. El había querido estar cerca para ayudar en lo que pudiera, pero Mime y Nena se opusieron. Estas son cosas de mujeres, dijo Mime; usted espere afuera, que si hace falta lo llamamos. Y él estuvo sentado en la oscuridad, en el mismo sitio donde estaba ahora, viendo pasar las horas, con los gritos de la abuela clavándole en el cuerpo. Después, a eso de medianoche, apareció la luna sobre la cordillera del saliente y su reflejo engendró criaturas extrañas en el follaje negro del mango, movido por el viento del norte. Era diciembre y había más estrellas que en ninguna otra época del año. Una de las veces que salió a orinar, miró el cielo y vio una estrella fugaz. Había oído decir que esas estrellas nunca caen sobre la tierra porque son almas perdidas que habitan en el mar. Pensó que él nunca había visto el mar y, de pronto, lo imaginó como un gran río de cuatro orillas. Cuando él era muy chico, el indio Belisario trabajaba para el Tata Juan. Belisario era un hombre ya viejo que había salido pequeño de su pueblo, al que jamás había vuelto. ¿A qué vuelvo? , decía cuando le tocaban el tema; allá sólo quedan ánimas. Ya nadie vive en el lugar

donde nació; todos se han muerto, o se han ido, que es casi la misma vaina. A primera noche, concluida la jornada, Belisario conversaba con los demás peones en el corral y afirmaba haber estado muchas veces en el mar; hablaba de tiburones, de balandros y de otras cosas que ninguno de sus oyentes había visto nunca ni sospechaba que existieran. El mar es un río redondo y salado, decía Belisario, pero uno sólo puede ver una de sus orillas; las otras nadie las ha visto. Dicen que en ellas también vive gente como nosotros, pero nadie ha visto a esa gente. Por mi parte, creo que sí puede haber algo en esas orillas y me gustaría conocerlas algún día. El abuelo escuchaba embelesado a Belisario hasta que éste ponía fin a sus historias con un salivazo chocolate, daba las buenas noches y caminaba parsimoniosamente hacia la barraca donde dormía con los otros peones. En esa época, muchas noches el abuelo se durmió pensando en las orillas del mar; y años después, ya grande, quiso ir al mar a buscar pescado para la cuaresma, pero el Tata Juan lo disuadió. En el mar hay muchas enfermedades, dijo; yo nunca he ido allá, pero don Luigi (su padre, presumiblemente italiano, aunque llamado el Francés) me habló de eso cuando estuve en edad de entender las cosas; me contó que en el mar están las mentadas sirenas, que son causa de muchos males. El abuelo no hizo el viaje: un deseo del Tata Juan era una orden inapelable para su mujer, para sus hijos y hasta para sus animales. Luego, poco antes de casarse con la abuela, oyó decir que un hombre de Guacá había cruzado el mar en una canoa más grande que una casa y que echaba humo como un tren. Eso le pareció pura fantasía de tunantes y dejó de pensar en el mar. Sin embargo, esa noche en que nació Ninfa volvió a pensar en el mar y, sin explicarse cómo ni por qué, resolvió que era un río de cuatro orillas. Ahora no había estrellas ni luna ni tenía ganas de pensar en el mar, tal vez porque ya no era joven o porque el asma y la lluvia le hacían más doloroso el sufrimiento de Ninfa. Bueno, pensó, que sea lo que Dios quiera, pero que todo acabe pronto y no haya necesidad de llevarla a la estación. Se sonó la nariz con el pañuelo de bolas mientras oía Nena mover cosas en el cuarto. La lluvia casi había cesado y una ligera brisa desprendía las gotas depositadas en las hojas de los árboles. Los pollos habían encontrado algunas lombrices debajo del mango y se las disputaban en medio de agudos chillidos. La madre descubrió un hueco donde había varias y cloqueó llamándolos. Los pollos abandonaron las primeras y se precipitaron sobre las segundas; cuando acabaron con ellas, la gallina los guió hacia donde había un tronco podrido y comenzó a escarbar en la tierra suelta y mojada. Tres orugas gordas y blancuzcas aparecieron retorciéndose y los pollos las devoraron. La gallina los vio comérselas y después los apartó y siguió escarbando. El arroz había consumido el agua; la abuela lo tapó y le sacó los tizones, dejándolo sólo al calor de las brasas. Luego fue al cuarto. La tía estaba acomodando las piernas de mi madre. La cosa será en cualquier momento, comentó. La abuela asintió en silencio y permaneció quieta, cerca de la puerta. Veía a mi madre

retorcerse y hacer fuerza y una fugaz preocupación puso arrugas en su cara. Después contempló la imagen de San Antonio que había encima del tocador, delante de la cual estaba encendido un candil de sebo, y rezó sin mover los labios. Oyó al abuelo sonarse la nariz y fue a preguntarle si quería más té. Dentro de un rato, dijo el abuelo sin mirarla. Ella miró hacia la puerta del cerco y dijo: las quebradas deben estar muy crecidas. El aprobó con un gruñido. Ha caído mucha agua, agregó; ¿cuándo escampará? Ambos escrutaron el cielo del sur por entre las ramas de los cedros. Quién sabe, dijo ella; Dios y la virgen quieran que pronto. No hablaron más y el abuelo se atizó los bigotes. La abuela comprendió que el abuelo estaba preocupado por lo mismo que ella. Me avisa cuando quiere el té, dijo y regresó a la cocina. La abuela oyó la saloma de Milton cuando éste aún estaba lejos. Debe venir por el Camino Oscuro, pensó. Destapó el arroz y comprobó que estaba listo. La saloma de Milton se unía al zumbido del río en la calma gris. La abuela oyó las pisadas de la yegua en el pedregal, al bajar la loma de la quebradita, luego el chapoteo en el vado y de nuevo las pisadas firme en el cascajo de la pendiente opuesta; después percibió el trote fuera de la piñuela y, ya con toda claridad, los golpes de las trancas al abrir Milton la puerta del cerco. Milton traía la silla cubierta con una lona embreada y el cuerpo de la yegua despedía vapor. La abuela salió al porta de la cocina. Milton detuvo la yegua junto a las goteras y soltó de la silla el saco que contenía las compras. La abuela lo tomó. ¿Traes todo lo que te encargué? , preguntó. Sí, pero las sardinas son de otra marca. ¿Te despachó doña Nelly? No, Riche; doña Nelly estaba acostada; parece que tiene catarro. Bueno, desensilla y ven a tomar maizena. Milton condujo la yegua hasta el portalito trasero, donde el abuelo guardaba las monturas y los aparejos de carga. Dejó la silla en su sitio y soltó la yegua en la cuadra de hierba. En la cocina, se sentó junto a la puerta y esperó a que la abuela le sirviera la maizena. El agua me dio fatiga, dijo. Había hecho casi todo el camino bajo la lluvia. Había habido pequeñas bonanzas pero no había visto el sol. Las nubes cubrían el cielo en todas las direcciones; no se veían los cerros ni la costa y de las hondonadas, durante las bonanzas, surgían columnas de neblina. La abuela le dio la maizena y bebió sin respirar. ¿Cómo ha seguido Ninfa? , preguntó al terminarla. Igual; Nena está con ella, respondió la abuela mientras tomaba la totuma y la ponía en la batea de los trastos sucios. La comida está ya; ¿la quieres de una vez o esperas un rato? Esperaré a que baje la maizena. ¿Riche no te dijo nada de la cuenta? , preguntó la abuela. En la tienda estaban dos muchachos de Cochea y un hombre que Milton no conocía. Cada uno tenía una bolsa colgada del hombro y Riche conversaba con el hombre acerca del mal tiempo y de unas novillas cebú que doña Nelly había comprado a un ganadero de Bijagual. Me dijo que le dijera a papá que debemos doce dólares, respondió Milton. Habrá que abonar algo, dijo la abuela. El abuelo llevaba dos semanas sin poder trabajar. Si sigue enfermo, habrá que

venderle un novillo a doña Nelly, pensó la abuela. ¿El domingo que estuviste en el Jagüita viste al monguto? ¿Se podrá vender? ¿No está muy flaco? Milton meditó antes de contestar: Está un poco delgado; creo que tiene mejor estado el careto. Por ese podría darnos cuarenta dólares, pensó la abuela; con eso se aliviaría la situación por un tiempo. En ese momento oyó un grito de mi madre. La brisa había dejado de soplar y las gotas de lluvia volvían a ser gruesas. El abuelo las veía caer con intensidad creciente en la zanja de las goteras y en la tierra pelada del patio. Había observado a Milton desmontar para abrir la puerta, cerrarla, montar de nuevo y pasar hacia la cocina; había seguido todos sus movimientos y luego había intentado captar la conversación con la abuela, pero los quejidos de mi madre y ahora el sonido de la lluvia en el zinc ahogaban las voces. Sin embargo, creía haber escuchado que la abuela hablaba de vender un novillo. En los últimos dos años habían vendido cinco reses y la peste había matado tres; quedaban catorce. Una ráfaga de preocupación lo agitó. Si el asma seguía molestándolo... Faustino aún era demasiado joven para afrontar todas las responsabilidades de la casa; y al Tata Juan no podía pedirle ayuda, porque estaba muerto; y ni aunque hubiera estado vivo habría podido hacerlo: desde que hizo testamento, todos los días anunciaba que pronto moriría y prohibió que alguien le pidiera algo; además estipuló que nadie tocara nada de la herencia hasta que él no tuviera un mes de sepultado. No quiero que mis hijos parezcan gallotes, decía, que les sacan los ojos a las bestias todavía estando vivas; no, señor, que esperen y aguanten, que mi hora no demora. El abuelo frunció los labios y se acarició el bigote: ni en las proximidades de la muerte cambió el Tata Juan su modo de ser. Milton oyó el grito y no preguntó nada. Permaneció un rato mirando hacia el camino y luego fue a donde el abuelo y se sentó en el quicio. ¿Cómo sigue usted? , preguntó. Un poco mejor; ¿cómo te fue por la tienda? Bien, dijo Milton. El abuelo volvió a toser. Milton quitó la vista para no ver su cara congestionada y sus ojos llorosos. El abuelo sacó el pañuelo y se sonó la nariz con fuerza. ¿Por qué no toma una cucharada de jarabe? , preguntó Milton. Ya tomé, respondió el abuelo, casi sin aire. Pasó el espasmo y ambos continuaron callados. Milton oía el silbido trabajoso de la respiración del abuelo. Tal vez haya que buscar gente para llevar a Ninfa a la estación, dijo el abuelo al rato. Milton esperó que continuara. Faustino ya no demora y donde Mime están Isidoro y Silvestre; habría que decirle a Canducho y a algún otro; quizá Chángele pudiera ir... Yo podría, dijo Milton. No, estás muy chico, dijo el abuelo; sólo servirías para llevar los caballos, no para relevar a los cargadores. ¿Quiere que vaya a avisarles? , preguntó Milton. No, hay que esperar; Nena es la que decide, dijo el abuelo. Un nuevo acceso de tos le impidió seguir hablando. Cuando pasó, respiró hondo, con la boca entreabierta para tomar más aire. Ahora llovía más fuerte y la gallina y los pollos regresaron al portal. Los pollos pasaron debajo de la silleta del abuelo y Milton agarró uno. Tenía el buche tibio y lleno. La

gallina cloqueó y quiso picar a Milton; éste la espantó con el sombrero y luego soltó el pollo, que corrió a acomodarse con la madre y los hermanos junto a la pared. La abuela llegó a la cocina y vio a los pollos desaparecer debajo de la madre. ¿Quiere más té o le traigo ya la comida? , preguntó al abuelo. Mejor té, dijo el abuelo; todavía no siento hambre. ¿Y tú? , preguntó a Milton. Tampoco quiero todavía. Hoy nadie tiene hambre, se dijo la abuela y fue a buscar el té. ¡Milton! , llamó desde la cocina, ven a llevarle el té a tu papá. Milton entró en la cocina. La abuela estaba parada en el centro, con una totuma vacía en la mano. ¿Le dijiste lo de la cuenta? , preguntó en voz baja. No, dijo Milton. No le digas nada. La abuela sirvió té de una jarra de tagua azul y le dio la totuma a Milton. Aquí tiene, dijo Milton al abuelo. Este sopló el té humeante y luego bebió un largo trago. Sentía que la infusión de hojas de guanábano aliviaba su garganta, irritada por la tos. Los truenos habían dejado de oírse y ahora volvieron a retumbar por el sur, apagados y lejanos. En Dolega también debe estar lloviendo, pensó el abuelo. Las tormentas casi siempre venían del sur, precedidas de un viento frío. Si uno estaba en la estación o en el llano o en cualquier sitio despejado, podía ver la tormenta en el horizonte; parecía una cortina de hilos muy finos, colgada de las nubes; y si uno observaba bien, podía ver cómo se aproximaba mientras las masas de nubes iban juntándose hasta cerrar el cielo. En la soledad del llano, la tormenta ahogaba la luz y también parecía querer ahogarlo a uno. Las primeras gotas eran gruesas, espaciadas y muy frías; después el diluvio se cerraba y el mundo desaparecía en un limbo cenizo. El caballo había dejado de comer y estaba parado debajo de un naranjo. Cuando escampe, cortas unas cañas y se las echas al caballo; desde antayer no come caña, dijo el abuelo a Milton. ¿Se las doy con cáscara o peladas? Mejor pícaselas; así no desperdicia nada. El caballo tenía más de diez años, pero aún se veía fuerte; ahora estaba con una pata floja y los ojos cerrados. Mi madre gritó: ¡Roberto! y entrevió, como si estuvieran allí, pero velados, una sonrisa y un rostro; casi que sintió otro cuerpo junto al suyo, y su piel revivió palabras dichas mucho antes y caricias largas y lentas en el sonido de la lluvia. Debajo del dolor vibraban voces y recuerdos de otros sudores, de otros días, de otras noches de agua o de luna; los dolores de ahora prolongaban aquel, fugaz, de una tarde junto al río Majagua, cuando abrió su piel a otra piel ardorosa y a la vida que ahora, ¿cuándo, Dios, cuándo? , nacería. Tía Nena decía: no te desesperes y haz lo que te digo. Mi madre procuraba seguir sus indicaciones, aunque le parecía que el dolor no estaba sólo en el vientre porque sentía agujas clavadas en todo el cuerpo. De pronto se le ocurrió que no debía estar sola con la tía, que él debía estar acompañándola; así ella no sentiría los dolores sino la ansiedad gozosa de ambos por lo que estaba a punto de ocurrir. Tengo sed, dijo; no puedo más. Espera, dijo tía Nena; espera, hijita, que falta muy poco. La abuela estaba dándole de comer a la perra cuando Faustino asomó en la

puerta del cerco cubriéndose con una lona. El abuelo lo vio y dijo: viene Faustino. Ya lo había visto, contestó la abuela. Milton siguió sentado en el quicio, viéndolo aproximarse. ¿Te fue bien? preguntó el abuelo. No pudimos hacer mucho, dijo Faustino; el agua no dejaba abrir los huecos para los postes. Debían tender quinientas brazas de alambra y apenas habían tendido cien. No desensilles el caballo, por si hay que llevar a Ninfa a la estación, dijo el abuelo. ¿Se puso mal? , preguntó Faustino. Sí, dijo el abuelo; poco después de que te fuiste. Faustino amarró el caballo en el calabazo próximo y tapó bien la silla con la lona y caminó hacia la cocina. En la oreja de un horcón colgó la bolsa en que llevaba al trabajo la totuma y la raspadura. ¿Quieres comida o maizena? , preguntó la abuela. Maizena, respondió sentado junto a la puerta. La perra había terminado de comer y los cachorros retozaban con ella en el nido. ¿Soltaste el caballo? , preguntó la abuela. No, está amarrado en el calabazo. Yo creo que no va a ser necesario llevarla, dijo la abuela; le he ofrecido una manda a San Antonio. Las quebradas están hondas, dijo Faustino; en la de Ismaela el agua tapa los estribos y en la otra me mojó los peleros. Ahora llovía muy fuerte y la luz del mediodía agonizaba en las hojas de los árboles. Algunas gallinas habían buscado refugio en el portal de la cocina y uno de los cachorros se acercó olisqueando a ellas; una le dio un picotazo en la cabeza, el perrito chilló y la perra, enfurecida, las ahuyentó del portal y tuvieron que buscar amparo en los aleros de la otra casa. La lluvia había vuelto a formar arroyos en la sabana y la zanja de las goteras se desbordaba. Si sigue lloviendo así, no podremos trabajar mañana, dijo Faustino, que miraba hacia afuera con la totuma vacía en las manos. La abuela iba a comentar algo pero en ese momento, después de haberse apagado el estampido de un trueno, oyó el grito largo y hondo, desgarrado, de mi madre. ¡Goya, trae el agua! , gritó tía Nena. La abuela y Faustino dejaron en el cuarto la paila humeante. Ten listas las tijeras, dijo la tía. La abuela tomó las tijeras, les echó agua caliente, las secó con un trapo limpio y las puso junto a las sabanitas. Pon a calentar más agua en la olla azul, ordenó a Faustino y se aproximó a la cama de mi madre. Ya no habrá que ir a la estación; bendita sea la Divina Providencia, pensó y miró agradecida la imagen de San Antonio. El abuelo y Milton miraban la lluvia sin hablar. Se habían formado charcos en las depresiones de la sabana y el abuelo se preguntó de dónde sacaría el cielo tanta agua: en cuatro días, prácticamente no había cesado de llover. Lo acometió un acceso de tos y Milton tuvo la sensación de que su propio pecho estaba a punto de estallar; le parecía que en la fatigosa respiración del abuelo había como una renuncia a la vida. De pronto oyó el grito de Ninfa y el miedo le enfrió los huesos, sin que supiera por qué. El abuelo también lo escuchó, apagado por la tos, y sin que tampoco supiera por qué se sintió contento. Ese grito había sonado distinto a los anteriores: parecía brotado de la sangre. Cuando pasó la tos, llamó a la abuela. Ahora voy, respondió ella desde el

cuarto. Y en ese mismo instante mi primer llanto se mezcló con el sonido de la lluvia en el zinc, con el estornudo del caballo amarrado en el calabazo y con el lejano zumbido del río. El abuelo sonrió en silencio y, como si repentinamente se hubiera librado de una carga muy pesada, aspiró hondo y miró la lluvia, los cedros, su viejo caballo rebruno y a Milton. La familia está creciendo, comentó luego. Sí, dijo Milton. Y, sin decir más nada, el abuelo agarró la varita seca y de nuevo comenzó a dibujar figuras en el suelo.



# HIJO DE LA LUNA

A la memoria del tío Marco, que  
recitaba fragmentos del Martín Fierro  
aunque no sabía leer.



Unos decían que Ismael era así porque había nacido en luna llena. El padre, el Cojo Pinto, es el culpable, aseguraban otros. Ustedes recuerdan qué paleras le daba a la madre, aun estando embarazada. Casi todos los sábados regresaba borracho de la gallera y la traqueaba. Una vez tuvo que intervenir el regidor. ¿No se acuerdan? Eso fue lo que provocó que el muchacho saliera así y que ella no pudiera tener más hijos. No pudo ser otra cosa sino los golpes del Cojo, que siempre fue medio salvaje. ¡Qué luna ni qué luna!

Ismael tenía la cabeza grande, mucho más que cualquier otro hombre, y en plenilunio le sonaba como si cargara adentro un coco lleno de agua. Además, no era listo para nada. En su niñez, fuera de astillar leña con un hacha roma, de hacer huecos en el suelo y de apretar pollos hasta destriparlos, no aprendió mayor cosa. Ni siquiera aprendió a jugar. Todos coincidían en que su diversión consistió siempre en apretar un pollo hasta que la sangre tibia le escurría entre los dedos y el animalito se desmadejaba en un chillido. Durante un rato se quedaba mirándolo, embelesado, como ido; luego, cuando las moscas empezaban a zumbar y a pararse en el cadáver, hacía un hoyo, con un palo o con un machete viejo, y enterraba al animal. (Casi todos los días Petronila, su madre, recibía la queja de que Ismael había matado un pollo o un pato en la vecindad. A los patos sólo los mataba cuando no había pollos, y nadie, tal vez ni él mismo, supo nunca la razón de esa preferencia.) Otras veces, aunque no hubiera destripado a ningún pollo, escar-

baba huecos, metía piedras en ellos y volvía a taparlos. Hacer hoyos era su gran pasión. Quizá por eso, excavar excusados y pozos fue el oficio que escogió, ya hombre, cuando la malaria consumió al Cojo Pinto y él quedó solo con Petronila, que ayudaba a sostener la casa lavando ropa ajena y rezando en las mortorias.

Ismael era formidable abriendo pozos. Nadie recordaba otro pocero de igual fuerza y habilidad. Las lajas y las piedras más duras las rompía a golpe de barreta. Nunca usaba dinamita. Además, era probable que ni siquiera hubiese oído hablar de ella, pues su espíritu entendía poco de las cosas del mundo; sus preocupaciones no abarcaban sino lo más inmediato y urgente. Pese a los ruegos y reproches de Petronila, usaba la ropa, sin lavarla, hasta que prácticamente se le caía a pedazos. Nadie podía decir, al cabo de una semana de llevarlos puestos, de qué color eran su camisa o sus pantalones, porque, cualquiera hubiese sido éste, una espesa capa de tierra y sudor lo asemejaba a su piel trigüeña.

Casi no hablaba con nadie y pasaba largas temporadas en la montaña. Cuando ocasionalmente salía al pueblo, compraba víveres en la tienda de Eufemio y luego iba a la cantina de Saúl. Allí pedía una botella de seco y se sentaba a tomar solo, en una mesa apartada, hasta terminarla; después pedía otra y, al llevar ésta mediada, comenzaba a cantar un *pasillo* de letra quejumbrosa que los más viejos recordaban haber escuchado en su juventud. ¿Dónde y de quién lo había aprendido Ismael? Finalmente, al aburrirse de repetir la canción, recorría la cantina con mirada extrañamente luminosa. Sus ojos iban de un lado a otro, se posaban fugazmente en las mesas, en los anaqueles, en las botellas y garrafas, cubiertas de polvo y telarañas, en la barra de madera pulida, en las lámparas de kerosene adosadas a las paredes, y pasaban sobre los hombres hasta detenerse en una cara; entonces parpadeaban perezosamente, como asombrados de toparse con un rostro, y de la boca de Ismael brotaba la voz áspera: ¿Y tú quién eres, ah, hijo de puta?

La primera vez que hizo eso, el ofendido, un hombre de Guacá que se dedicaba a la compra de ganado, se levantó a pegarle. Ismael lo dejó aproximarse y, al tenerlo cerca, le dio un golpe con la mano abierta que lo lanzó a cinco metros de distancia. Saúl y los demás que estaban en la cantina quedaron pasmados. Nunca habían pensado que Ismael fuese tan extraordinariamente fuerte. Se corrió la voz de lo sucedido y en adelante nadie hizo caso a las injurias de Ismael. Incluso los concurrentes preferían abandonar la cantina antes de que éste comenzara a cantar.

Lo curioso de esa primera vez fue que Ismael, al ver al hombre desvanecido, se puso a llorar. Parecía niño con lombrices o remordimientos. Lagrímones como pepitas le surcaban los cachetes; y estuvo llorando durante horas, hasta que se durmió debajo de la mesa. De allí lo sacaron entre varios y lo dejaron al sereno, tendido en la sabana, cerca del naranjo donde tenía

amarrado su caballo. Cuando amaneció, no estaba. Y desde entonces la historia se repitió cada tres o cuatro semanas

Ismael llegaba al pueblo pasado el mediodía, compraba bastimentos donde Eufemio, los metía en unas viejas alforjas de lona que cargaba en la montura, y luego iba a la cantina. Como ahora no tenía con quien pelear, al dejar el canto lanzaba insultos impersonales: me las van a pagar, vergajos, cabrones, chuchas de su madre; me la van a pelar el día menos pensado; creen que soy pendejo, pero por la virgen y diosito mismo que los jodo. Después se levantaba como enloquecido y rompía sillas y mesas; y, tras de haber roto una silla o una mesa, lloraba hasta quedar dormido. Saúl y algún voluntario lo dejaban junto a su caballo, y al amanecer se había ido.

Nadie se metía con él. Lo que pasa es que es un angelito de Dios, decían algunas viejas, que a veces pierde la cabeza por tanta maldad que hay en el mundo. En realidad, Ismael era un elemento familiar en la comunidad, una especie de gigante travieso, y en el fondo bueno, que no causaba mayor daño. Más bien era servicial, pues si alguna mujer le pedía que le rompiera una piedra estorbosa o le rajara un leño demasiado grueso, lo hacía sin cobrar y casi con alegría. En un instante, sus golpes poderosos volvían polvo la roca o astillas el leño, y se marchaba sin esperar las gracias. Por otra parte, se daba el caso de que, íntimamente, muy en lo hondo, aunque no sin amagos de vergüenza, algunas mujeres hubieran querido convertirse en piedras, para ser trituradas por Ismael, porque su cuerpo basto y nervudo despedía un hábito animal que les parecía excitante y turbador. Lástima que sea tonto, se lamentaban, si no qué hombre sería.

Ismael había traspuesto los veinticinco años sin que nadie le conociera amores. Tampoco se sabía que hubiera estado nunca donde Foncha, la muda cuarentona que vivía cerca del cementerio y que, entre otras cosas, gozaba fama de bruja y cobraba dos reales por un *preparado* de hierbas y sustancias mágicas o por desvirgar a los muchachos. En cuanto a mujeres, Ismael no tenía historia. No iba a bailes ni a fiestas. Y si alguna vez se encontraba casualmente con muchachas, daba los buenos días con la vista fija en el suelo, como si temiera mirarlas. Las más atrevidas le gritaban: ¡Ismael, Ismael, córtame un clavel! ; él se sonrojaba y, sin volver la cara, seguía en silencio su camino. Por eso a todos sorprendió un día el rumor de que Ismael tenía una mujer.

Nadie podía precisar quién había dado la noticia; simplemente, éste comenzó a rodar y a crecer. Tal vez el primer indicio fue que alguien dijo que Ismael estaba construyendo un volado en la parte trasera de su casa. Era un anexo sin puertas ni ventanas, achaparrado, de apariencia tosca. ¿Para qué quería Ismael un anexo, si vivía solo y él mismo se hacía la comida desde que, años antes, Petronila había muerto mordida por una víbora? ¿Para qué un

anexo sin ventanas? Además, ¿para qué —se preguntó la gente después— compraba cintas de colores y collares de cuentas?

La mujer de Eufemio intentó averiguarlo una vez, pero Ismael fingió no escuchar la pregunta y ella no se atrevió a insistir. La curiosidad siguió creciendo y engordando. Sin embargo, nadie se animaba a preguntar directamente a Ismael por qué o para quién, cada vez que venía al pueblo, agregaba a los víveres rollitos de cintas rojas, verdes, azules y moradas. Finalmente, aunque nadie había comprobado nada, todos acabaron convencidos de que una mujer había entrado en la vida de Ismael. En torno a esto, los hombres hacían chistes y las mujeres cuchicheaban que quién sería ella, pobrecita, no vería que era tontito; qué futuro, qué hijos iba a tener, Dios la ampare. Eso decían estando juntas, en la quebrada o en la tienda; pero, de noche, en los desvelos de la cama solitaria, alguna imaginaba escenas entre Ismael y la desconocida.

Meses después, alguien dijo que, desde el monte, mientras rastreaba a un ternero extraviado, había divisado a la mujer de Ismael, que era de buen ver, con grandes pechos y nalgas apretadas. Entonces, también algunos hombres concibieron escenas rijasas de Ismael y la desconocida. Y una tarde, mientras mataba el tiempo en la cantina de Saúl, el viejo Eustaquio, famoso por sus dichos, apuntó: Bueno, señores, no me crean si no quieren, pero, por esta cruz de coral que me dio mi madre al morir, les aseguro que los que saben cuentan que los hijos de la luna, los luneros que los llaman, son cargados, muy cargados; así que tal vez la mujer esa vio orinando al pocero y le nació el antojo de que le escarbara un pozo. Todos rieron la ocurrencia y durante un rato tejieron comentarios y fantasías en las que Ismael era asemejado a los toros, a los caballos y a los burros.

Días más tarde, sin embargo, el tema de la mujer de Ismael fue desplazado por la peste que, venida no se sabía de dónde, comenzó a matar el ganado. Un novillo que parecía estar sano hoy, mañana amanecía sin poder levantarse, como si lo hubieran descaderado, y echando espuma por la boca. Entre mugidos cavernosos y desgarradores, las bestias sufrían horriblemente antes de morir. Muchos, desesperados, sacrificaban los animales para acorralarles la agonía.

El terror se apoderó del pueblo y algunos propusieron trasladar el ganado sobrevivientes a las riberas del Chirigagua, en el Valle de las Nubes, al otro lado de los cerros. Allí el agua y los pastos eran buenos; seguramente a ese lugar no llegaría la enfermedad. Pero esta idea, que al principio parecía aceptable, fue rechazada porque otros alegaron que si algunas reses ya iban contaminadas, al juntarse éstas con las sanas, la plaga acabaría con todas. Además, el viejo Eustaquio contó que, medio siglo antes, en las comarcas de la costa, él había visto una epidemia y había aprendido que era inútil tratar de huir: el espíritu del mal estaba en el aire, en el agua, en la tierra y en todas

partes. Las pestes, dijo, eran como las tormentas; ante ellas no se podía hacer más que esperar a que pasaran.

Entonces alguien discurrió pedir ayuda a las autoridades. Vinieron veterinarios de la capital de la provincia, ordenaron que todas las reses enfermas fueran muertas y enterradas, regaron cal en los corrales y se marcharon, pero hubo nuevos brotes. Luego el cura de Dolega fue llamado y organizó rogativas en las que tomaron parte hasta los niños de pecho, porque el llanto de los angelitos puede más que las oraciones de los pecadores, pero no surtieron efecto. Finalmente, hubo una colecta para traer a un curandero y encantador de Gariché que trazó cruces de ceniza en la plaza, entintó con un hisopo las ubres de las vacas y, a medianoche, ataviado con una túnica morada y con un turbante repleto de lentejuelas, entonó extraños rezos en los pastos, pero el ganado siguió muriendo, hasta que la peste negra asoló los potreros y dejó en la desesperación a mucha gente.

Mientras tanto, Ismael tenía semanas de no llegar al pueblo. Pero su ausencia la gente apenas la notó, angustiada como estaba por la peste y las calamidades que ésta había desatado. Pesarosamente, sin palabras, sentados en los portales o caminando cabizbajos por las calles sin pavimento, los hombres calculaban las pérdidas y el tiempo que les llevaría reponerlas. Aun en pleno sol, una neblina triste parecía flotar sobre las casas con el humo de los fogones, y cierto día una vieja advirtió que de las mañanas había desaparecido el canto de los gallos. Un sopor tibio y denso envolvía al pueblo, como si la plaga no sólo hubiera matado reses sino caldeado y espesado el aire.

Sin embargo, el segundo sábado de cuaresma sucedió algo que volvió a poner la atención general sobre Ismael. Ese día llegó casi al anochecer, no se detuvo en la tienda y, con aspecto más extraviado que de costumbre, pidió dos botellas donde Saúl. Allí pagó y salió sin tomar ni un trago. Los que estaban en ese momento en la cantina contaban, entre divertidos y asombrados, que metió las botellas en las alforjas, montó y se alejó al paso, mirando el suelo como ido, como si sintiera tener más agua que nunca en la cabeza. Parecía que no había dormido en un mes; tenía ojos de candela, dijo uno. Debe ser que se está volviendo loco.

Repentinamente olvidada la peste, esa noche se habló en todas las casas de la desusada conducta de Ismael. Es que le está entrando el juicio, dijo alguien; la mujer esa que tiene lo ha hecho entrar en razón. La virgen lo ha iluminado, aventuró en otra casa una vieja que hacía el novenario de San José; toda la vida no iba a andar el pobre en sombras; Dios siempre se acuerda de sus criaturas. Y así, entre comentarios y conjeturas, paulatinamente se apagaron las lámparas y el silencio cayó sobre el pueblo y lo envolvió, sombrío, apretado, ahogando hasta los sueños de los perros.

A la mañana siguiente fue el escándalo. Generoso, un finquero de

Cochea que venía para el pueblo encontró a Ismael llorando, sentado en una piedra, junto a la entrada del cerco de su casa. Tenía las manos ensangrentadas y a su lado, casi vacía, estaba una botella de seco. El llanto trazaba surcos sinuosos en su cara, cubierta por el polvo del verano, y su enorme cabeza abatida era la imagen de la congoja. Generoso preguntó qué pasaba e Ismael, sin mudar de postura, señaló la casa, cuya puerta se veía abierta.

Generoso entró en la vivienda sin notar nada de particular en ella. Poco después, sin embargo, descubrió manchas de sangre en el umbral de la puerta que conducía al anexo del fondo. Asustado, presintiendo que algo terrible había sucedido, se asomó a ese recinto que hasta entonces ningún extraño había visto y del que fluía un tibio olor a hierba. En el primer momento no captó nada, más luego, cuando su vista se hubo adaptado a la penumbra y vio lo que realmente había allí, quedó petrificado, con la boca abierta y seca. En seguida salió corriendo de la casa, montó sin despedirse de Ismael, que seguía sentado en la piedra, y entró al pueblo al galope.

En el suelo cubierto de paja —contaba más tarde a los reunidos en la cantina—, rígida y con la boca espumosa, estaba una novilla degollada. Pero lo extraordinario —y en eso coincidían todos— no consistía en haber encontrado una vaca muerta en ese sitio, aunque no dejaba de ser sorprendente que estuviera dentro de la casa, sino en que el pobre animal tenía cascabeles y collares en el pescuezo y lacitos de colores en los cuernos. Eso sí que nadie lo entendía. Y ni siquiera el viejo Eustaquio supo explicar por qué hacían esas cosas los hijos de la luna.



# **LOS SUEÑOS DEL VIEJO BEN**

**Para el tío Isidoro, quien me  
enseñó a conocer los animales  
y los ríos.**



El viejo Ben había vivido solo desde el día en que Melita —con la que, a pesar de innumerables tomas, baños curados, mandas y rogativas, no tuvo hijos, sino cinco abortos, en treinta y seis años de convivencia— le dijo que no había dormido bien la noche anterior, que se sentía fatigada y que iba a descansar un rato.

Eso ocurrió después del almuerzo, cuando él fumaba su pipa y reposaba la comida antes de volver a clavar estacones en la cerca del camino real. Al escucharla, él emitió un gruñido. Era la primera vez que le oía decir algo así. Son los años, pensó, que no pasan de balde; sería bueno que la viera un curandero o uno de esos doctores de David. Fue a la cocina y allí, mientras bebía agua de la tinaja, oyó que crujía la cama de tablas. Después, parsimoniosamente, echando humo y sin dejar de pensar en la conducta de Melita, se encaminó a la cerca.

Cuando clavó el último estacón de la jornada, eran más de las cinco. Al aproximarse a la casa, notó que no salía humo de la cocina. La pobre se quedó dormida, se dijo; debía estar muy cansada. Sin hacer ruido guardó las herramientas y luego llamó a la mujer.

—¿Qué tenemos para cenar? —preguntó—. La clavada de esos estacones me ha dado hambre.

El silencio en el interior de la vivienda fue más espeso al diluirse el sonido de sus palabras. Le sorprendió que Melita no respondiera, pues siempre había sido de sueño muy ligero. Vagamente inquieto, se dirigió hacia donde

una cortina de azucenas celestes disimulaba la entrada al dormitorio. Apartó la tela y vio a Melita en la cama, tendida de espaldas, con los ojos abiertos. No tuvo necesidad de acercarse más para saber lo que pasaba. Con expresión resignada salió del cuarto, descolgó la escopeta del clavo donde siempre la tenía y en el portal hizo tres disparos espaciados. Después se sentó en una silla y prendió la pipa.

Cuando su compadre Aniseto llegó, el viejo Ben estaba en la misma posición, con la pipa apagada, perdida la vista en la lejanía, que paulatinamente se iba oscureciendo.

—Oí la señal y vine de una vez —dijo Aniseto—. ¿Qué pasa, compadre?

El viejo Ben se quitó la pipa de la boca y señaló con ella el interior de la vivienda:

—Melita, que ya no quiso seguir entre nosotros.

Aniseto entró a la casa y salió instantes después.

—Tenemos que llamar a las mujeres —dijo—; que venga gente para velarla.

El viejo Ben asintió.

—Ayúdeme usted en eso. Yo, mientras, la acompaño aquí. Y dígame a Lolo que se vaya temprano a abrir la sepultura; que me gane ese peón, le dice.

—Cómo no, compadre, así se hará. Y ahora prenda aunque sea una lámpara, si no tiene velas. No es bueno tener a la finada en la oscuridad.

Aniseto se fue y el viejo Ben siguió en el portal. Al rato, cuando las sombras se cerraron por completo, entró a encender una lámpara de botella y la puso en una tablilla, cerca de la cama.

En la luz amarillenta examinó el rostro de la difunta. Ahora, en la piel pálida, sobresalía más el lunar azulado que tenía junto a la boca. Pensó que había algo muy triste en la oreja perforada, sin arete, que el pelo recogido en un moño dejaba al descubierto; en las arruguitas alrededor de los ojos y en las canas, que asomaban aquí y allá como anuncios de una vejez que ya nunca llegaría.

Permaneció de pie, al lado de la cama, durante no supo cuánto tiempo, hasta que escuchó pisadas de caballos en el camino; entonces se aproximó al cadáver y le dio un beso fugaz y torpe en la frente.

—Adiós, Melita —murmuró en un gemido ronco.

A la mortoria acudió más de media docena de mujeres. Algunas comenzaron a llorar antes de haber entrado en la casa y otra sufrió un desmayo al ver el cadáver. Una preparó café y más tarde llegó Aniseto con botellas de seco para los hombres, más numerosos y callados que las mujeres. También trajo un paquete de velas. Dos fueron encendidas en los pies de la cama y dos en la cabecera y empezó formalmente el velorio.

En la madrugada, con la luna menguante suspendida sobre los cerros, el rezo era un murmullo que brotaba trabajosamente de la boca de Amatista, rezadora y partera de la región. El viejo Ben escuchaba, con la cabeza baja, sentado en una piedra, debajo de un macano que había a un costado de la casa. Ni una sola vez entró a beber café o seco, y no aceptó cuando le ofrecieron.

Al amanecer, las mujeres vistieron a Melita con el único traje bueno que había en el baúl y, entre Amatista y dos más, la acomodaron en la caja de cedro sin pintar que había conseguido Aniseto.

El cortejo gastó hora y media en llegar al cementerio. Lolo había terminado de excavar y descansaba a la sombra de un ciprés, en compañía de un indio que le había ayudado a abrir la fosa. Tenían una pacha de seco mediada y ambos se quitaron el sombrero al ver la comitiva en la entrada del panteón.

Valiéndose de sogas bajaron el ataúd al fondo de la sepultura, que estaba lodosa por la llovizna que había comenzado a caer desde temprano. Amatista dijo una oración y el viejo Ben —baja la cabeza, como la había tenido durante casi toda la noche— gruñó algo para sí y echó un puñado de tierra sobre el féretro. Seguidamente, mientras Aniseto y Lolo empuñaban las palas, buscó la salida del cementerio, sin despedirse de nadie ni mirar atrás.

Ahora, sentado en el portal, viendo el gran aguacero que estaba formándose por el lado del poniente, el viejo Ben recordaba la expresión fatigada de Melita esa tarde en que se acostó para no levantarse más. Desde entonces su vida había sido una monótona sucesión de jornadas sin sentido. La soledad había ido llenando la casa y metiéndose dentro de él, a pesar de las visitas frecuentes del compadre Aniseto y de las de algunos sobrinos y parientes lejanos que aparecían de cuando en cuando.

El mismo cocinaba y lavaba la ropa, atendía las tres vacas y el caballo y se ocupaba de los demás quehaceres. Las gallinas que Melita había criado con paciencia y cariño, las había vendido unas y otras las había dado a medias al compadre Aniseto. Este rehusó, al principio. Las gallinas eran grandes y hermosas y le parecía que no era jugar limpio, que era aprovecharse, aceptar la propuesta del compadre. Sin embargo, el viejo Ben insistió:

—Así, por lo menos, tendré un pollo para hacer un sancocho de vez en cuando —dijo—. Llévase aunque sea esas cuatro. No quiero venderlas todas; si lo hiciera, Melita no me lo perdonaría. Pero, fíjese, si me quedara con ellas, como no las puedo atender, acabarían cogiendo el monte y volviéndose salvajes. Por eso creo que lo mejor es que se las lleve. Haga lo que le pido, compadre. Es un favor que me está haciendo.

El día anterior había terminado de reparar la cerca de la cuadra de faragua, donde tenía las vacas, y el trabajo le había parecido más pesado que otra veces. Desde temprano había notado una especie de cansancio y de

envaramiento del cuerpo; y en la tarde, al colocar el cepo de la puerta, había sentido un dolor en el pecho, acompañado de un traquido sordo, de un temblor pasajero en las piernas y de un amago de asfixia. Los años no pasan de balde, pensó; ya comienzan mis achaques.

Al concluir la jornada, comió sin apetito el arroz y la carne seca que tenía para la cena. Después hizo té de hojas de naranjo agrio y se acostó temprano. Poco antes de dormirse, sintió que comenzaba a llover.

El ruido de la lluvia en el techo de paja era aletargante. Sin darse cuenta, olvidó la fatiga del día y cerró los ojos. Al rato empezó a soñar. En el sueño había un potrero y un río y un pueblo que él no recordaba; después hubo grandes arenales y mucha niebla, y él caminaba perdido en los arenales, sin saber cómo ni por qué había llegado allí.

De pronto el escenario cambió y el sueño fue el mismo que había soñado muchas veces y del cual había conversado con el compadre Aniseto. Era un sueño que había tenido por primera vez a los dos años de haber muerto Melita; y desde entonces se había repetido con frecuencia, sin que él entendiera qué quería significar.

Era de tarde y Melita venía del camino real vestida con su mejor traje, ese que él le había comprado para una Candelaria y que Amatista le había puesto para llevarla al cementerio. Era la misma Melita, pero muy joven y más linda de lo que nunca había sido. Él la esperaba sentado en el portal.

—Te demoraste mucho —decía cuando ella llegaba a las goteras.

—Es que en el pueblo había misa y la tienda estaba cerrada. Tuve que esperar a que abrieran.

—Ah —aceptaba él—. ¿Conseguiste los cartuchos que te encargué?

—Sí, pero no había del número tres; te traje del cuatro.

—Bueno. Esos también sirven para los conejos.

Ella ponía sobre un banquillo el saco con las compras.

—Voy a calentar la comida, que ya es tarde. Si quieres, saca el espejo que te compré para que no te rasures más al bulto. Tengo miedo de que un día te cortes.

—No hay peligro; ya estoy acostumbrado. Pero, de todos modos, es bueno que haya un espejo nuevo en la casa. En ese pedazo manchado que tenemos, casi no se distingue uno la cara. Oye, por lo que veo, faltó poco para que te trajeras la tienda entera.

Melita reía en la cocina y su risa llenaba la casa. Al final del sueño, sin embargo, Melita no había entrado; en realidad, ni siquiera llegaba al portal. Y eso era lo que él no entendía: por qué Melita nunca terminaba de llegar.

A medianoche despertó y salió a orinar al patio. Había escampado y las estrellas brillaban en los claros de las nubes. La noche era fresca. Volvió

a la cama y pensó que sí, que era cierto que en vida jamás vio a Melita más linda que en el sueño.

En la mañana, el viejo Ben bebió una totuma de café negro y se fue a deshierbar el yucal. La maleza estaba crecida y en algunos sitios los bejucos espinosos formaban matojos. Varias espinas se le clavaron en las manos. A media mañana tenía la camisa totalmente empapada en sudor y sintió sed. Limpió el machete en la grama y se dirigió a la casa, a beber agua y a cambiarse la camisa. Melita siempre le decía que no anduviera con la ropa húmeda, que eso era malo para la salud. Se puso una camisa seca, extendió la sudada a la sombra, hizo guarapo de naranja y regresó al yucal.

Cerca del mediodía, pequeñas nubes blancas comenzaron a agruparse en el borde de la sierra. Mientras las observaba, el viejo Ben recordó que tenía que cocinar. Fue a la cocina y preparó una sopa de tasajo ahumado, yuca, otoes y fideos. Cuando estuvo lista, se sirvió un plato y, al contrario de otras veces, comió sin ganas. Tapó la olla con el resto y la dejó en el fogón, al calor de las brasas. Enjuagó el plato y la cuchara y los colocó boca abajo en una tabla, para que no los pisaran las cucarachas ni las moscas. Después encendió la pipa y se sentó en el portal. A lo lejos pasó una bandada de loros y por el lado de Aniseto se oyó ladrar un perro.

En la calma que presagiaba lluvia, el viejo Ben chupó despaciosamente la pipa y se puso a observar la acumulación de nubes negras sobre los cerros del poniente. Al rato, una tenue somnolencia lo invadió y dejó que la pipa se apagara. Muy lejos, detrás de la cordillera, había ruidos de tormenta. De pronto volvió a sentir el malestar que lo había acometido el día anterior, al levantar el cepo. Era un calor que nacía allá, muy hondo, en las profundidades del pecho. Pensó que debía ir a la cocina, a beber un poco de agua, pero no tuvo ánimo de moverse. Luego el dolor desapareció y sintió ganas de dormir.

Instantes después, sin embargo, volvió a encenderse, más intensa y agrandándose, la quemadura del pecho. Una gran debilidad le subió por las piernas y un sudor frío le cubrió las manos y la frente. Se dijo que ahora sí tenía que tomar agua y que, además, debía llamar al compadre Aniseto. Pero cuando intentó incorporarse el cuerpo no le obedeció y la pipa apagada rodó a su lado.

Entonces, mientras seguía sudando copiosamente y respirando con creciente dificultad vio que Melita caminaba hacia la casa. Igual que en el sueño, venía del camino real, envuelta en neblina y como si no tocara el suelo. Quiso salir a encontrarla, pero ella, sin palabras, le dijo que no, que siguiera sentado, que se quedara quieto y que no dijera nada. Y el viejo Ben, súbitamente libre de todo malestar, se mantuvo como estaba. Mirándola acercarse. Sintióndola llegar.

